

*Si el jazmín
hablara*

DOROTHY MCCOUGNEY

¿Quién eres realmente tú?



Si el Jazmín Hablara



Dorothy McCougney

dorothymccougney.com

• Capítulo I •

*Julio de 1821, Londres,
Inglaterra.*

Veintiséis años, y la edad casadera ya se me había pasado hacía demasiado tiempo. Veintiséis años sin tener idea de cómo se sentía aquello de estar enamorada.

Lo peor era, quizás, que con esa

cantidad de primaveras ya me había transformado en la carabina implícita de mi hermana menor, Dora, situación que ella lamentaba en parte y agradecía en otra. Supongo que, ante la idea de que el mismo rol pudiera ser cumplido por mi madre, aún más conservadora que yo, prefería el mal menor.

Aquella noche en el baile de los Vaughan había sido igual a las de los quince anteriores de la temporada. Los rostros de las matronas y solteras casaderas eran siempre los mismos, con ligeras modificaciones de atuendo y peinado; tan ligeras que podían ignorarse, a no ser que uno tuviera mucho tiempo para reparar en ello, como lo tenía yo.

Mi vestido, como de costumbre, no era ni bonito ni feo, sino que cumplía con el mandato de ser elegante y había sido elegido en tonos siena para destacar mi cabellera rubia. Mi peinado estaba perfecto y equilibrado; era muy cuidadosa con eso. La única nota de excentricidad de mi presencia era un bucle de cabellos blancos que nacía en el lado derecho de mi coronilla y que había comenzado a formar tiempo después de que mi madre y hermana atacaran mi manía de querer esconder el mechón rebelde. Mi figura curvilínea se había ensanchado en el último tiempo.

Dora, por el contrario, con su alegría de los diecisiete años desprendía cierta luz proveniente del ánimo, que

amplificaba el efecto que el fulgor de las velas producía sobre su vestido celeste de corte imperio, que había elegido especialmente para lucir la curvatura de su busto.

Aunque había nacido con cierto innegable carisma, aquella noche algo en torno a sus ojos azules, en sus dientes al sonreír, en sus mejillas al contraerse, en cada poro del rostro lucía diferente. Quizás madre no se hubiera dado cuenta, pero para mí era evidente.

También lo era la razón de su alegría, y se llamaba Evander Bromhead. Los movimientos elegantes que hacían los bucles de su cabellera de color rubio oscuro para encantar a este joven tampoco escapaban a mi atención.

El señorito, demasiado flaco para mi gusto, demasiado parco para mi entendimiento, demasiado insulso para mi instinto y demasiado pobre para las expectativas de toda la familia, había pedido a Dora los dos conjuntos de baile que la etiqueta marcaba como máximo permisible, como en todas las otras ocasiones en que se habían encontrado en todos los otros bailes. Haciendo cierto recuento matemático, materia en la que siempre me había destacado, llegué a la conclusión de que no era posible que se encontrasen siempre en los mismos bailes, a no ser que lo hubieran acordado en silencio.

Los movimientos del abanico de mi hermana, obvios en exceso, apoyaban mi

hipótesis. Tantas personas conocían ya el lenguaje de esos objetos que hablar en él era casi lo mismo que hacerlo a los gritos, pero, por algún motivo que escapaba a mi comprensión, las parejas de enamorados lo utilizaban de todos modos.

En algunas ocasiones me parecía que su trato para con él rozaba lo descarado. Luego de dos o tres bailes, encontrándonos en la cama dispuestas a dormir, había recriminado esto a Dora mediante frases indirectas, pero en aquellas ocasiones había contestado riéndose de mí, como si la actitud infantil fuese mía y no suya, y dándome la espalda para demostrar que mi discurso le parecía intrascendente, por

lo que acabé por comprender la inutilidad de mis palabras invertidas en tal fin.

Mi madre, distante, discutía con dos señoras sobre los galanes más deseados de la temporada. Mi padre se hallaba lejos de mi vista, probablemente jugando al *whist* en una sala adyacente, algo que le gustaba mucho más que bailar.

En determinado instante perdí de vista a mi hermana y su compañero de baile, por haberme distraído con una pareja que flirteaba entre dientes. Aunque me esforcé en buscarlos entre la masa de gente que se movía de modo coreográfico, no logré encontrarlos. Habían desaparecido.

Me levanté de la silla en la que había permanecido sentada durante larga hora y media y me dirigí hacia el salón lateral, donde un susurro del instinto me dijo que podían encontrarse. Allí los hallé, charlando frente a una ventana, muy cercanos entre sí, en un lugar que, aunque no era solitario, se hallaba menos concurrido.

La sensibilidad auditiva también era uno de mis fuertes, por lo que llegué a escuchar la frase final que Bromhead dirigió a Dora antes de que reparasen en mi presencia:

—Será mañana, entonces.

La vi asentir, con claridad, al asentar su abanico sobre la mejilla derecha. Tal

como había estado pensando antes, el lenguaje de los abanicos no era ya en aquel tiempo algo discreto.

Se giró hacia mí y me tomó del brazo, llevándome nuevamente hacia el salón central donde se desarrollaba el baile, como si mi interferencia la hubiera salvado de un momento bochornoso; pero aquello me parecía de una sinceridad muy dudosa, por lo que la inquietud no me abandonó durante el resto de la velada.

• Capítulo II •

Esa noche decidí alterar mi rutina de avanzar en la lectura de alguna novela en la biblioteca de la familia, con la intención de regresar al dormitorio más temprano y encontrar despierta a Dora.

Percibí un sonido de fricción de sábanas antes de entrar. Se hallaba acostada de espaldas a la puerta, quieta, como si durmiera.

—Dora... —dije en voz baja.

Me contestó con un murmullo gutural, como si se encontrara entre el mundo onírico y este.

—Dora, sé que estás fingiendo, y necesito hablar contigo.

Se giró hacia mí, abriendo apenas los ojos.

—Dora... no insistas. Ambas sabemos por qué destacabas siempre en las obras de teatro.

Se sentó sobre la cama y se cruzó de brazos, con la cabeza ladeada y los labios fruncidos en un gesto de hartazgo.

También me ubiqué en la mía, de cara a ella.

—Como tu hermana mayor, a veces

seré un poco molesta, pero solo será con el fin de cuidarte.

—A ver, lánzame tu sermón de esta noche, así ya puedo disponerme a dormir.

—Tú sabes bien que nadie en esta familia ve con buenos ojos a Bromhead.

Bufó con la clara intención de hacerme notar su disgusto.

—Pues no entiendo por qué, ya que Evander no los ha dañado, ni tampoco ha hecho nada desleal o deshonesto, que se sepa —dijo Dora, sabiendo que yo no podría contradecir aquello.

—No deberías llamarle Evander, algo que apenas se permiten algunas mujeres

casadas para referirse a sus esposos. Es el señor Bromhead, pero entre nosotras podemos llamarle Bromhead.

Dora lanzó otro bufido y miró al suelo.

—El señor Bromhead —dijo aquello con un tono de voz burlón— no ha hecho ningún daño y es un hombre noble.

—¡Eso no lo sabemos!

—¡Tampoco lo contrario! —contestó ella, separando los brazos y pasando a apoyar las palmas de las manos en la cama.

—Pero... Dora... podemos suponer lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque eres rica, y él es, muy probablemente, un cazafortunas —le contesté, señalando con el brazo extendido hacia algún lejano lugar imaginario donde Bromhead pudiera hallarse en ese momento.

—¿Cómo puedes hablar así de alguien que no conoces?

—Sí, lo conozco. Lo he tenido que ver, extrañamente, en cada baile al que hemos asistido.

—¿Y piensas que mirar a alguien es conocerlo? Pensé que tú tenías mucho conocimiento de la vida para enseñarme.

Alzó las cejas y sus facciones se tensaron todavía más.

—¿Y tú crees que jugar a hablar con lenguaje de abanico unas cuantas horas cada semana, mientras se esconden de los demás, es conocer a alguien?

—Pues es más de lo que se conocen la mayoría de los que ahora están casados.

Suspiré, sopesando la idea de volver a rendirme.

—No, no es más. Es lo mismo. Ese es el punto: que nadie se conoce antes de casarse y que tampoco importa mucho.

—No te importará a ti, que parece que nunca amaste a nadie —me dijo, alzando el volumen de su voz.

—¡Dora! Cuida tu tono y sé respetuosa —le contesté, haciendo un

esfuerzo para no señalarla con el dedo.

—¿Cómo lo eres tú con mi vida?

—Sí, como lo soy yo, que te quiero salvar de la deshonra o de un futuro miserable. Ese hombre solo busca tu fortuna, ya te lo he dicho muchas veces.

—Solo repites los discursos de madre
—me dijo entonces, con la voz más baja, pero un claro desdén en ella, y su mirada fue a dar a su almohada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho: que eres su copia, que no tienes una personalidad propia. Repites todo lo que ella dice, copias todo lo que ella hace, piensas todo lo que ella te enseñó que había que pensar.

Deberías notar que hay una generación de diferencia con nosotras y que eres otra persona. ¡Deja de intentar ser una copia de mamá!

—Debo hacerlo...

Adelantó su torso hacia mí, devolviéndome la mirada que antes había reposado sobre su almohada.

—¡No debes hacerlo!

—Debo hacerlo, porque a veces se te ahueca la cabeza y te comportas como si no pensaras y, lamentablemente, madre no está tan pendiente de ti como debiera. Nunca lo ha estado del todo, por eso has salido así.

Dora alzó más su mentón.

—Me alegra cómo he salido. No querría ser como tú —me dijo, sincera y terminante.

La sangre se me inflamó en las venas. Sentí ganas de tomarla por los brazos y sacudirla, de hacerle entender que tenía que comportarse como una mujer y dejar de pensar como una niña, pero cerré los ojos, respiré lentamente, y puse mi mejor disposición en evitar que la ira creciera.

—No importa lo que me digas. Tu ilusión con Bromhead no tiene futuro, y pronto se estrellará contra la realidad. Yo estaré aquí para impedir que cometas cualquier locura. Dime, claramente, ahora mismo y sin evasivas, a qué se refería con eso de que mañana se hará.

Los ojos de Dora crecieron de tamaño, como si estuviera por sufrir alguna crisis nerviosa.

—¿De qué hablas?

—Lo escuché.

—Nos estuviste espiando... —dijo con lentitud, como llegando a los pies del edificio de una conclusión.

—No precisamente. Te seguí en cuanto desapareciste de la pista de baile, porque hace tiempo que me doy cuenta de que te comportas como una alocada.

—¡Déjame en paz! —me dijo, a modo de fin de la charla.

Se acostó boca arriba, se giró luego

hacia la ventana que se encontraba a su derecha y me ignoró.

Aunque esta conversación había sido una de las más candentes, el término era siempre el mismo. Pero lo peor aún no había acontecido, aunque no podía saberlo entonces.

• Capítulo III •

Al día siguiente, inmersa durante varias horas en mi rutina nocturna, me fue posible terminar con “El vampiro” de John William Polidori, una novela que había comenzado a leer unos días antes.

Como todas las novelas de misterios y terror que acostumbrara a disfrutar, o incluso más, esta me llenó de espanto. ¿Cómo podía alguien saber que un noble

seductor era una especie de monstruo asesino inmortal e inmoral, dispuesto a dejar un reguero de sangre de jóvenes inocentes por donde pasaba? La sola idea de acercarme a un hombre de esas características me heló la sangre, pero me tranquilizó el pensamiento de que no había visto nunca a uno con un atractivo que me resultara irresistible, lo que, considerando todos los bailes a los que había asistido en Bath y Londres, tenía que significar que no existía tal personaje.

Aún un poco turbada por el efecto de la novela, la dejé bien ubicada en el estante correspondiente de la biblioteca y me marché al dormitorio.

En el camino hasta allí comprobé que

mis padres todavía no se encontraban en casa, ya que habían asistido a la cena de una familia amiga, a la que Dora se había negado a ir, aunque por ello hubiera causado un gran revuelo y una discusión de más de una hora de duración. Como consecuencia de esta negativa, yo también debí permanecer en casa, ya que "debía cuidar a mi hermana enferma".

Ingresé haciendo todo el silencio que mi corporeidad me permitía, ya que no quería despertar a Dora. Su trato hacia mí no había hecho más que empeorar durante las últimas horas, y no estaba dispuesta a soportar otra discusión como la que había acontecido la noche anterior.

Me cambié en relativo silencio y me introduje en mi cama. La imagen del vampiro sobre el cadáver de las jóvenes, blanquecinas por efecto de la muerte, no me dejaba dormir. Me dije que debía leer libros con esas temáticas durante el día, para llegar al momento del descanso cuando el efecto de las emociones producidas se hubiese disipado un tanto en la niebla de las horas.

Así transcurrieron varios minutos que parecían estirarse en el elástico del tiempo, hasta que, en mi completa vigilia, caí en la cuenta de que solo se escuchaban mis suspiros de frustración por lo esquivo del sueño. La respiración de Dora, que solía ser pesada durante el

descanso profundo, estaba apagada.

—Dora... —susurré, incluso a riesgo de que me insultase, porque temía por su salud.

Nadie respondió.

—Dora —dije otra vez, alzando el volumen de mi voz.

Me dirigí hacia su cama y tanteé allá donde debía estar su brazo, pero solo encontré espacio vacío. Seguí tanteando el resto de la cama; fue obvio que no estaba sobre ella.

Fui a buscarla al cuarto de baño contiguo, aunque me parecía muy extraño que hubiese estado todo ese tiempo allí sin hacer ningún ruido, pero

tampoco había nadie.

Bajé a la cocina sin siquiera coger mi salto de cama. Allí conseguí una palmatoria y algo de luz. La busqué en todas las habitaciones de la residencia, moviéndome con la mayor rapidez que la vela me permitía mientras amenazaba con apagarse por el viento generado en mi carrera.

Dora no estaba.

Corrí entonces hacia nuestra habitación y abrí las puertas del ropero. Sus vestidos preferidos; el azul, el plateado y el dorado, habían desaparecido; así como el vestido de novia de nuestra madre, el que esperábamos que Dora usara pronto.

Me dirigí corriendo hacia la habitación del mayordomo y la golpeé con furia.

—¿Sucede algo malo? Contestó el hombre, visiblemente asustado y con la ropa desencajada.

—Sí, Dora ha huido con Bromhead. Guarda silencio al respecto y despierta a los mozos de cuadra, a Lillas y al cochero. Nos vamos de viaje.

El mayordomo actuó lo más rápido que podía, aunque no acabara de creer la situación. En menos de treinta minutos nos encontramos rumbo a Gretna Green, aquel pueblo escocés archiconocido por sus bodas fugaces sin necesidad del consentimiento paterno, donde suponía

que Bromhead y Dora pensaban casarse en secreto.

El cochero preguntó lo mismo en todas las estaciones de posta que encontramos en el camino; en concreto, si habían visto un carruaje o silla de posta pasar por ese camino hacía poco tiempo. Todos los que estuvieron dispuestos a hablar contestaron afirmativamente, aclarando que nuestros perseguidos nos llevaban varias horas de ventaja.

La noche solo podía ir a peor. Se desató una tormenta tan fuerte que el cochero me pidió repetidas veces que descansásemos hasta la mañana siguiente, aprovechando que debíamos detenernos en diversas estaciones de

posta para cambiar los caballos, pero mi negativa fue rotunda en todos los casos.

En cierta estación les perdimos el rastro, y cuando en la siguiente también nos aseguraron que llevaba ya varias horas sin pasar nadie por ahí y que no había posadas en los alrededores, supusimos que habían tomado un camino lateral, menos transitado y más peligroso, para evitar ser atrapados, dando por descontado que serían perseguidos.

En uno de nuestros descensos obligados pregunté qué otro camino había hasta Gretna Green. Me contestó, con mucha convicción, un antiguo cochero que había recorrido casi todas las rutas del reino.

Nos pusimos a rodar sobre aquella ruta, oponiéndonos a las fuerzas de la naturaleza.

Al llegar el alba tuve que aceptar que el cochero había tenido razón. Nos faltaban demasiadas horas de viaje y estábamos exhaustos. Descansamos en una posada cuando el sol ya brillaba orgulloso, y seguimos nuestra ruta hacia Escocia horas más tarde, sintiendo los cuerpos pesados y la motivación disminuida.

Así permanecemos algo menos de un día y medio, en que solo nos detuvimos para cambiar los caballos y tener algún descanso indispensable.

• Capítulo IV •

Julio de 1821, Condado de Durham, Inglaterra.

Solté una maldición silente contra mi hermana, y al momento me arrepentí, disculpándome por ello ante Dios.

“¿Por qué, Dora? ¿Por qué siempre haces lo que se te viene en gana? Lo que sucede es que madre no ha puesto

suficiente atención sobre ti”, me dije, mientras me acodaba sobre la ventanilla del carruaje y miraba hacia el exterior.

Una llovizna apenas perceptible, pero constante, nos acompañaba desde que la tormenta había comenzado a amainar. Llevábamos demasiado tiempo viajando, pero seguíamos en Inglaterra.

Las sombras eran difusas e imprecisas. Los robles podían adivinarse como pulmones azules más oscuros que el resto de la noche, pero nada más que eso alteraba el paisaje constante de aquel lugar.

El cochero había sido muy puntual al aclararme que no encontraríamos nada civilizado en varias millas, haciendo

hincapié en que el camino era demasiado peligroso para ser transitado de noche. No podía negar que, una vez más, había tenido razón.

Ajusté mejor mi pelliza, crucé los brazos sobre el pecho y me envolví en ellos, deseosa del alivio y la protección que sentía lejanos en esos momentos.

La situación era un desastre.

Lo lamentaba por el cochero, fiel bajo las agujas de lluvia que lo golpeaban; por los caballos que nos arrastraban desde la última estación, cansados de esa vida de tanto viaje por esos terrenos difíciles; y hasta por mí misma, que hubiera preferido mil veces estar tendida con toda comodidad en mi cama,

incluso leyendo alguna novela que me impidiese dormir o me causase pesadillas.

Me sentía muy mal. Las emociones convulsionadas, el clima que calaba los huesos, las horas de cansador viaje... o todo ello junto habían creado una mezcla maligna en mi estómago. El dolor había crecido con el paso de las horas, y ya era acompañado por arcadas intermitentes.

Reprimí una segunda maldición.

Parecía tener algo vivo dentro de la parte media de mi cuerpo. Podía percibir cómo se movía, como si las escamas de ese monstruoso ser me rascarán el interior.

—¿Se siente bien, señorita? — preguntó Lilias, la doncella que me acompañaba en aquella travesía indeseada.

—Creo que no —respondí con dificultad; el rostro contraído por el dolor y la espalda corva.

Recordé la taza de chocolatada caliente, despidiendo humo, sobre la mesa de la última posada que encontramos en esas regiones inhóspitas. En el momento de ingerirla me había parecido tocar el cielo; mis pies estaban congelados, mi piel húmeda y las bestias de mi estómago rugían de hambre.

Pero ahora veía que había sido un error. Unos instantes más y mi pecho

sintió las primeras convulsiones de unas arcadas demasiado intensas como para ser ignoradas.

Pese a mi determinación férrea de continuar, estaba segura de que no podría soportar el resto del tortuoso viaje con los restos de mi bebida de la noche frente a mí, a medio digerir, sobre el piso del carruaje.

Abrí la portezuela y me lancé, a pesar de la altura, al suelo. La llovizna había transformado la tierra en un lodo blando y fresco. Caí de rodillas y agradecí que fuera así, porque en aquel instante la arcilla aguada parecía bondadosa con mis piernas.

Desistí de reprimir lo inevitable, y lo

que alguna vez había sido una bebida muy deseada para calentar el cuerpo durante el viaje se transformó en marca personal en el camino.

Entonces, vacía, me sentí un tanto mejor, mas no recompuesta. Mi doncella había descendido del carruaje detrás de mí, y me preguntaba una y otra vez si me encontraba bien, cuando parecía demasiado evidente que no.

El cochero se detuvo en cuanto pudo entender la escena.

—¿Cuántas horas nos restan de viaje?
—pregunté, en un tono que solo fue audible para Lilias.

Ella repitió la pregunta al cochero, alzando la voz.

—Al menos dieciocho horas más —
contestó el hombre.

Meneé la cabeza, desesperanzada. La llovizna fría había mojado mi ropa, y la humedad comenzaba a colarse por mis poros y a correr por mis venas, como si yo misma fuera uno de esos árboles de madera oscura y absorbente que observaban la escena, incrédulos ante la novedad que yo representaba en esos caminos.

—Creo que la señorita no está en condiciones de seguir —gritó Liliás.

—Pues no hay otra opción —interferí yo—. No hay lugar donde hospedarnos, ni podríamos hacerlo durante mucho tiempo.

Me puse de pie y miré en derredor, pero todo parecía ser más de lo mismo, como si el pintor de aquel cuadro no tuviera demasiada imaginación.

—Creo que más adelante hay un castillo, señorita —comentó el cochero, procurando ver a través del velo que formaban los hilos de lluvia que caían desde el perímetro de su capucha.

Utilicé mi mano a modo de visera, sin preocuparme por el agua que seguía golpeándome, porque ya estaba empapada. En efecto, aquellas sombras más altas y oscuras en el horizonte parecían ser torres de un castillo.

Las arcadas volvieron a sacudirme y me senté sobre mis talones, convencida

de que tendría que entregar a las tierras de aquel lugar todo lo que mi cuerpo ya no quisiera. No pude devolver nada que pareciese alimento; mi estómago solo tenía bilis.

Temía que me fuera imposible continuar en esas condiciones, por lo que decidí pedir alojamiento en el castillo, sin importar quiénes fuesen sus moradores. Quizás tuviera más suerte que las jóvenes de las novelas que solía leer y allí hubiese gente decente.

Tomé a Lillas del brazo y, encaramándonos con dificultad, logramos volver a subir al carruaje.

—Dile que continúe hasta el castillo
—dije a la doncella.

Ella cumplió la orden.

El camino hasta el edificio era breve, pero, dado mi estado de salud, no lo pareció.

El cochero tendió la escalerilla y esta vez pude bajar sin caer arrodillada. Lilias me tomó por la cintura, temerosa de que fuera a desarmarme. Supongo que mi esforzada intención de mostrarme siempre fuerte hacía que mis momentos de enfermedad parecieran más dramáticos de lo que eran.

Caminamos por el sendero que llevaba a la puerta principal, compuesto por enormes y filosas piedras chatas, algunas tan sobresalientes que lucían peligrosas. Me pregunté si sería posible

que los habitantes de aquel lugar estuvieran buscando alejar a los visitantes. En ese momento intuí que no habría una bienvenida elegante.

Lilias movió un enorme llamador de metal con forma de cabeza de león. Me pareció que debía ser muy pesado, porque casi no lo pudo separar de la puerta ni provocar ruido alguno. Lo intentó de nuevo, frunciendo la boca en un gesto de gran entrega de energía.

Un hombre alto, con el cabello más despeinado que había visto en mi vida, abrió la puerta solo lo suficiente para asomar el rostro. En la mano libre sostenía un candelabro con tres velas encendidas. Parecía que el león del llamador se hubiera transmutado en ser

humano.

A juzgar por el gracioso gesto de sus cejas, intentó determinar quiénes podían ser esos tres extraños personajes. Plantó su mirada en mí, por lo que tensé la espalda como un resorte, a pesar del malestar que sentía. Debía verme confiable y digna, si es que quería ser recibida y bien tratada en aquel lugar, a pesar de tener la pelliza y el vestido oscurecidos por el lodo desde la rodilla hasta los talones y del aspecto desagradable de mis bucles rubios aplastados por el peso del agua.

—Quisiera presentarme ante el señor del castillo. Soy la señorita Tindale y estos son mis sirvientes —dije, señalándolos con la mano.

El hombre abrió por completo esa hoja de la puerta. Entonces pude ver que lucía una bata mal atada y que debajo llevaba solo una camisa de dormir. Incluso alcanzaban a verse algunos vellos de su pecho, lo que me pareció demasiado rudo para una primera presentación.

Un gato de pelaje blanco, con un ojo celeste y el otro amarillo, apareció junto a él y nos miró con curiosidad.

—Tiene al frente al dueño del castillo —aseguró, con un tono neutral que no dejaba adivinar sus verdaderos pensamientos.

Por su voz, ni pueril ni senil, deduje que debía tener entre treinta y cuarenta

años. La luz movediza de las velas que cargaba no era suficiente para determinar la edad de un ser tan espectral. Me resultaba difícil creer que fuera el señor del castillo.

—Mi padre es un hacendado de Devonshire. Estamos radicados en nuestra casa de Londres durante la temporada. Voy rumbo a Escocia por un asunto familiar urgente, pero me siento demasiado indispuesta para continuar. Quisiera pedirle, como un favor de suprema hospitalidad, que nos acoja por esta noche. Le juro que solo lo molesto porque no me encuentro en condiciones de seguir.

Sin pronunciar palabra, se hizo a un lado.

—Pueden pasar —contestó.

Ingresamos a un lugar oscuro y no mucho menos frío que el exterior. Parecía ser el recibidor.

Se mantuvo en silencio y comenzó a caminar alejándose de nosotros, tan veloz y rudamente que pensé que nos abandonaba. Decidí quedarme en donde estaba, pero al verlo girar sobre sus talones y mirarnos de soslayo con intención interrogativa, entendí que deseaba que lo siguiéramos.

Comenzamos a caminar detrás de él. El gato nos acompañó. No había velas, lámparas ni antorchas en ningún lugar. Toda la luz emanaba de su mano, como si se tratase del líder de una procesión

religiosa.

Se detuvo de repente. Golpeó con el puño una de las puertas que encontramos en el camino. Al momento salió un señor añoso, de escasos cabellos, asustado y envuelto en una manta.

—Señor...

—Tenemos huéspedes... La señorita...

—Tindale —completé yo.

—Tindale; el nombre no importa mucho —mis ojos se ensancharon—... ha llegado con sus empleados y necesita alojamiento. Pide a Aiken que les dé ropa limpia y seca; no importa que sea elegante.

El señor añoso se acomodó el cabello con las manos como pudo, mientras paseaba su mirada por los rostros de los recién llegados.

—Ubícalos luego en las habitaciones que se encuentren habitables, algunas de las que no tienen goteras.

—Solo hay dos en esas condiciones...

—Bastarán —intervine yo, contagiada por la mala educación de mi anfitrión.

El hombre-león me miró sin prestarme demasiada atención y asintió a su sirviente. Luego, tendió el candelabro hacia mí. Al momento lo sostuve entre mis manos.

—Yo conozco el castillo de memoria

—fue todo lo que dijo, a modo de despedida, y se marchó.

• Capítulo V •

Solo se nos destinaron dos sirvientes: el hombre que había sido despertado por sorpresa, y que parecía ser el mayordomo y muchas otras cosas; y una mujer, que apareció tiempo después.

Prepararon dos habitaciones de idénticas características, si cambiar las sábanas y abrir las ventanas para renovar el aire viciado podía llamarse así.

Los techos y puertas eran altos. El mobiliario estaba compuesto por un pequeño escritorio, una silla y una gran cama con doseles, muy antiguos y bien conservados. El lugar parecía tener más polvo acumulado del que se le permitiría a un lugar que se preciase de limpio.

Como no podía ser de otra manera, dispusieron que en una habitación dormiría Lilias conmigo y en otra mi cochero.

Nos trajeron dos vestidos que no pertenecían a ningún tiempo ni ninguna moda, sino que se adaptaban a la definición de ropa de trabajo. En las condiciones en que me encontraba, lo agradecí. También dejaron lo que

parecían ser dos camisones idénticos. Estuve a punto de lanzar un grito de alegría al ver las toallas secas sobre esta ropa.

Me sequé y cambié de muda lo más rápido que pude.

Nos introdujimos en la cama. Para mis huesos cansados, se sintió como el abrazo de un ángel.

Se oyeron tres golpes, decididos y con ritmo regular, sobre la puerta. Busqué con la mirada una prenda que pudiera cubrirme, algo parecido a un salto de cama, pero no hallé nada, así que preferí quedarme acostada allí, protegiendo de ese modo mi pudor.

—Adelante.

Grande fue mi sorpresa cuando vi entrar al caballero que se decía amo del castillo. Tenía otro candelabro, similar al que me había entregado y que ahora alumbraba el único rincón con luz de la habitación que ocupábamos. Su cabello estaba mejor arreglado, aunque no se podía decir tanto como peinado. Se había vestido con un chaleco oscuro, una chaqueta deslucida, unos pantalones de sastre mediocre y unas botas altas. El gato blanco ingresó con él.

El hombre se aclaró la garganta.

—El mayordomo me ha comentado que quizás debería informarles que en este castillo casi nunca cenamos. Por lo general tomo una cena, liviana y pequeña, en mi habitación. De cualquier

modo, ya está bien pasada la hora de la cena —dirigió su mirada hacia la ventana—; parece que falta poco para el amanecer.

Caminó hacia el espacio frente a la cama. El halo de luz que lo acompañaba llegó a cubrir un reloj de péndulo, que se erguía elegante a la misma altura que él. Buscó algo tanteando con su mano sobre el reloj, sacó de allí una manivela, y le dio cuerda con ella, introduciéndola en tres orificios diferentes. Acomodó las agujas y el reloj cobró vida, retomando su sonido regular. Entonces comprendí que podía haber en la habitación más objetos de los que se veían.

—¿Desean que les haga traer algo a modo de cena muy tardía?

Su tono me sonó gélido, tanto como su mirada, que me pareció depredadora y algo maligna.

Al pensar en la comida recibí una nueva sacudida de arcadas. Sin importarme mucho que estuviera con las prendas mínimas y el caballero fuera a verme los tobillos, salté desde la cama hacia un lugar donde tiempo antes había descubierto que había una jofaina de metal, pero sin agua.

Me apoyé sobre la pequeña mesa que sostenía la palangana y me agaché. Percibí cómo mi sombra se agrandaba en la pared que tenía al frente. El caballero se estaba acercando hacia mí. Se detuvo. Mis músculos se tensaron

cuando tomó mis cabellos y los puso sobre mi espalda para que no me molestasen. Luego me acercó la toalla con la que me había secado antes. Las arcadas empeoraron y entregué mis jugos gástricos a la jofaina; del chocolate ya no quedaba nada.

—Veo que no les han traído agua. No solemos recibir visitas, por lo que nos encontrará un tanto rudos —dijo con el mismo tono de siempre: ni amistoso, ni servicial, ni elegante; neutro, frío.

Asentí con la cabeza. No me sentía capaz de desmentir una verdad tan inmensa. Ni siquiera se había marchado al observarme en una situación tan íntima como la que acababa de vivir.

—Yo me encuentro mal, y no probaré bocado esta noche. Lilias, ¿querrás cenar?

Mi doncella asintió con la cabeza.

—Haré que le traigan algo —comentó él.

Se dio vuelta y se dispuso a marcharse, sin una inclinación, un movimiento de cabeza, nada. Ya estaba visto que aquel hombre iba y venía como las sombras.

—¿A quién debo agradecer la hospitalidad de recibirnos esta noche?

Giró la cabeza un tanto, pero no lo suficiente para que nuestros ojos se encontrasen.

—Mi nombre es Neil McKay, pero pueden llamarme como se les dé la gana.

Habiendo dicho eso, abrió la puerta y se marchó.

Intercambiamos miradas azoradas con Lilias. Me encogí de hombros. Era demasiado tarde y me sentía demasiado mal para lidiar con un personaje como aquel. Por otra parte, todo lo que necesitábamos era guarecernos y él nos había ayudado.

Volví a la cama y me introduje en ella. Me acosté de lado y cerré los ojos.

—Buenas noches, señor Como Se Les Dé La Gana. Buenas noches, Lilias.

Escuché que mi doncella sonrió y me

dispuse a dormir. Oí con claridad cuando, un tiempo más tarde, le trajeron su cena. El olor a carne guisada era tan penetrante que no necesitaba girarme para ver de qué se trataba. Mis intestinos se revolviéron. Mis nervios estaban tan crispados, además, que podía escuchar incluso cómo mascaba y salivaba, lo que me dificultaba dejarme caer en brazos del sueño.

• Capítulo VI •

La primera hora en esa cama fue de un descanso muy superficial y entrecortado. Desperté muchas veces, sintiendo que mi estómago se contraía. Las arcadas se habían ido, pero el dolor seguía allí. Mi boca estaba tan seca que la saliva se me antojaba oleosa, como aquellos materiales de colores que tiempo atrás utilizara en clases de pintura.

Creí recordar que una criada había

estado dando vueltas en la habitación, moviendo objetos y rozando el piso con pasos de ratón, mientras yo me encontraba en un estado de duermevela. Quizás habían traído el agua que el salvaje amo había prometido.

Me levanté y fui junto a la fuente donde antes había dejado mi bilis. Tanteé cerca de allí, y mis manos encontraron la forma de una jarra con agua limpia. También habían dejado unas copas.

Me las arreglé como pude para volcar el agua en el vaso, aunque también derramé algo sobre mi pie, y me bebí el líquido como si se tratara de un brebaje sagrado, de un sorbo largo.

Escuché pasos que parecían provenir de la escalera cercana al pasillo en que se hallaba nuestra habitación. Sí, eran claramente pasos, y el que los producía usaba botas.

¿Quién podía estar despierto a esas horas de la noche?

Corrí hasta la puerta y la abrí lo suficiente como para juzgar el exterior. Un chirrido acompañó ese movimiento.

No había nada. Cerré la puerta y los pasos volvieron a escucharse. Esta vez se aproximaban a la habitación.

Mi corazón comenzó a danzar en mi pecho. Estaba segura de que esos pies se acercaban y no atinaba a adivinar quién podía ser. Temí de los sirvientes, de sus

intenciones; pero más temí de McKay, que me traía cierta remembranza del libro que había terminado de leer, que era como esas imágenes difusas que quedan de las pesadillas una vez que uno ha despertado de ellas. Un espectro o un vampiro, de esos que, según se decía en los Balcanes, seducían y asesinaban a las damas inocentes que se encontraban solas en sitios aislados y sombríos, como aquel castillo. La realidad y la fantasía se mezclaban en mi propio mundo imaginario, monstruoso y sangriento.

Agucé el oído. Los pasos llegaron hasta el otro lado de la puerta y luego se detuvieron. Durante breves minutos que me parecieron eternos no pasó nada;

luego los pasos se alejaron otra vez.

Mi boca había vuelto a transformarse en una laguna seca. Regresé junto a la jofaina para beber más agua.

Aquella, sin duda alguna, tenía que ser la peor noche de mi vida. ¡Y no tenía a mi lado ningún objeto religioso del cual asirme!

Dormí muy mal las horas que restaban hasta la media mañana, conciliando el sueño solo cuando este me vencía.

• Capítulo VII •

Al levantarme pude contemplar todo de manera más clara, pero no muy diferente. Había dejado de llover, mas el cielo permanecía cubierto y gris. El viejo castillo en que me encontraba semejaba estar abandonado, mostraba un ala derruida, se hallaba tan cubierto de moho que era más verde que gris piedra, y era demasiado grande para sus escasos habitantes.

A media mañana nos sirvieron un desayuno humilde, en una gran mesa, cuyos años totales no se podían contar, en el comedor principal del castillo. El señor de la propiedad no apareció, y dispusieron asientos para mis sirvientes junto a mí, lo que al instante me causó un poco de inquina. Pensé que esa gente no entendía bien de jerarquías lógicas en la sociedad, ni tampoco tenía un ápice de elegancia. Sentar a los sirvientes al lado de uno y dejar a los invitados desayunando solos en la primera mañana en casa del anfitrión resultaba imperdonable en los círculos que frecuentábamos.

Ese McKay, por su acento, tenía que ser un escocés, por más tierras que

ocupara en Inglaterra. Concluí que habíamos caído en dominios de salvajes.

Me sentía un tanto mejor, pero no mucho. La debilidad hacía mella en mí y seguía padeciendo arcadas cada tanto. Me limité a tomar algo de café, dado que nunca nos ofrecieron té, y a mordisquear una tostada. Lo hice porque Lilias insistía en que no iba a poder recuperarme si no comía.

El desayuno recién había comenzado cuando un joven menudo y rubio se sumó a la reunión, de modo tan silencioso que solo lo noté cuando se presentó.

—Tengan ustedes muy buenos días.
Soy Dugan Craig, hermano de McKay.

Nuestras miradas se encontraron apenas un momento. El joven hizo una bonita inclinación y nosotros correspondimos a su deferencia.

Para mi sorpresa, tomó el lugar de la cabecera que pensamos que estaba destinado a McKay.

Dugan se dispuso a beber su café mientras observaba la taza, y las miradas de los invitados se posaron todas en él. Parecía estar buscando algo para avanzar en la conversación. Miró al mayordomo, que se encontraba también sentado a la mesa, pero luego sabría que desayunaba mucho más temprano.

—Me comentó Slade que ayer por la

noche recibimos su visita —nos miró durante un breve instante y nos sonrió.

—Así es, su hermano tuvo el amable gesto de brindarnos asilo —le respondí yo.

Dejó la taza, que estaba sosteniendo con las dos manos, sobre el plato.

—Me alegra que hayan podido guarecerse aquí y que podamos serles útiles.

Creí notar que analizaba rápidamente mi ropa. Yo llevaba un vestido de mañana que había traído en mi maleta.

—Disculpen si no podemos brindarles todo aquello a lo que están acostumbrados. Somos humildes y no

solemos recibir visitas, pero lo haremos lo mejor que podamos.

—Muchas gracias, señor Craig —le contesté yo, sintiendo calidez humana por primera vez en aquel lugar, porque sus palabras me sonaban tan sinceras como las de un niño.

Me lanzó una mirada nerviosa durante un breve instante, y luego se dispuso a observar y untar su tostada con mermelada, dedicando a ello toda su atención.

—Si no es mucha molestia para usted, preferiría que me llamara Dugan. Ya sé que acabamos de conocernos, pero eso de señor Craig me suena muy recargado.

Le sonreí, algo divertida. Pensé que

Dugan era directo como su hermano, pero de un modo diferente.

Tomé un sorbo más de café, aunque no tuviera hambre, porque la nueva presencia del castillo me había animado un poco.

—Así será, entonces, Dugan.

Asintió con sus calmos ojos celestes.

—Me comentaron que usted se sentía muy mal ayer. ¿Está ya un poco mejor?

—Sí, así es, muchas gracias.

No me atreví a preguntar por qué los hermanos tenían diferentes apellidos, pero al encontrarlo más abierto al diálogo me dispuse a llegar al asunto del anfitrión mediante indirectas:

—Y su hermano, ¿se siente indispuesto el señor McKay esta mañana?

—Me imagino que lo pregunta por su ausencia en la mesa —asentí con la cabeza—... pero es muy común que esté ausente durante los desayunos.

—Comprendo —le respondí, lamentando que se negara a darme más información al respecto.

El gato blanco que habíamos visto la noche anterior se acercó con movimientos ondulantes y se restregó contra la pierna de Dugan; lanzó luego un leve maullido. El muchacho lo recogió del suelo y lo colocó sobre su regazo, donde comenzó a acariciarlo.

—¿Ya saludaste a nuestras visitas, Lazarus? —preguntó el joven, mientras mimaba al gato.

—Es muy lindo. No sabía que se llamase Lazarus. ¿Por qué le ha puesto ese nombre?

—Porque cuando lo traje a casa estaba casi muerto. Lo curé y lo cuidé hasta que se recuperó.

El gato entrecerró los ojos mientras lo miraba, confiado. Algo en su cuello llamó mi atención.

—¿Eso que tiene Lazarus es un collar?

Dugan acarició al gato por debajo del mentón, para que alzara la cabeza. Pude ver mejor el objeto.

—No, se trata de un guardapelo —me contestó Dugan—. No guarda pelo en este momento, sino unas frases cortas que Neil escribe todos los días. Hay que dar varias vueltas a la cadena para que no se caiga —sonrió—.

—¿Y se las deja al gato? —me apresuré a preguntar.

—Sí. Todo comenzó un día como un juego, cuando le colocó el guardapelo y guardó dentro una pequeña charada. Luego pasó a ser más serio. Todos los días Neil me pide una composición, para mejorar mi ortografía y vocabulario, y para ello me escribe una frase corta en la que debo basar el escrito.

—¡Qué interesante! —contesté—.
Nunca se me había ocurrido jugar a algo así.

—Es una especie de juego serio —me dijo Dugan— y continuó haciendo a Lazarus preguntas imposibles de responder.

Durante unos momentos pensé en que me gustaría participar del juego; luego el pensamiento se disipó en otros menos gratos.

En cuanto terminamos de desayunar comenzó a llover de tal manera que era seguro que se anegarían todos los caminos que no estuviesen empedrados. El cochero me expresó, con una mezcla de orgullo y fatalidad, que ni siquiera él

podía continuar el viaje con ese clima.

Dugan desapareció de nuestra vista, luego de aclarar que debía enfocarse en sus estudios.

Miramos por la ventana. Es césped y las hojas de los árboles estaban reverdecidos por el hálito del agua. Las ramas de los árboles se bamboleaban, siniestras, delante de un fondo de nubarrones grises. El suelo atajaba las gotas de lluvia, haciéndolas rebotar sobre los charcos aquí y allá, como si hubiera una danza con zapateo de ranas invisibles.

En uno de esos momentos de tedio, Lazarus se acercó a mí. Lo alcé, lo acaricié y miré el guardapelo como si se

tratara de un libro muy interesante. Procurando que Lilias no se diera cuenta, abrí el objeto y extraje un pequeño trozo de papel, en que se había escrito con una letra clara en lápiz: "Invasores en la puerta del castillo". Guardé el papel tan rápido como pude y seguí acariciando a Lazarus un rato más.

Al mediodía hizo su aparición el señor McKay.

Me hallaba en silencio, acompañada por Lilias, acomodada sobre un sofá tan antiguo como allí lo era todo, y mirando hacia el exterior a través de la ventana. No podía creer que pudiera llover de manera torrencial durante tantas horas.

El hombre entró en la habitación

haciendo repicar las botas y nos deseó buenas tardes. Desvié mi mirada desde la ruta enlodada hasta él.

Se había higienizado o corrido desnudo bajo la lluvia, no acertaba a deducir las costumbres primitivas de aquella criatura, pero tenía el cabello empapado y peinado tras las orejas, aplastado contra su cabeza. El pelo mojado se veía rojizo, por lo que deduje que mostraría un color ardiente cuando estuviera seco. Los ojos, entre verdes y ambarinos, parecían más los de un felino que los de un hombre. Tenía un pantalón anticuado y una camisa blanca, sobre la cual reposaba un chaleco negro, algo desteñido por el uso. Al menos estaba más vestido que la noche anterior.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No pude contestar. Las palabras se negaban a formarse en mi mente. Liliás comenzó a mirarme con inquietud.

—Buenas tardes —fue todo lo que atiné a decir.

Tenía que ser un vampiro o algo similar, porque el encanto de ese hombre falto de buenos modales no podía provenir de otro lugar que no fuera el infierno. Todo él se veía rebelde y sedicioso, falto de norma, conducta y regla, como esos individuos que según me habían enseñado y yo creía debían de proceder o acabar en el averno.

Me toqué el cuello, las orejas, la nuca y los brazos, procurando encontrar

alguna herida o marca de la noche anterior. No había nada.

Me pareció vislumbrar un leve gesto de ceño fruncido, como si no entendiera por qué me palpaba de esa forma. Se estaba dando cuenta de mis sospechas. Nuestras miradas se encontraron en el aire. La mía, de terror; la suya, según supuse, de culpable descubierto.

Se sentó frente a nosotras. Tragué saliva.

—Señorita Tindel, ¿se siente mejor?

Obvié el impulso de corregirle mi apellido y tuve que forzarme para poder formar frases coherentes.

—Sí, gracias. Ya habríamos dejado su

castillo, de no ser por el clima. Aunque no me he recuperado del todo, me urge partir.

Cruzó una pierna sobre la otra, formando una letra te.

Elevó una ceja rojiza y pareció mucho más siniestro. Quizás era su modo de preguntar a qué me refería. Su influencia sobre mí era tan alarmante que no pude negarme a contestarle:

—Mi hermana ha huido hace un día y medio rumbo a Gretna Green con un cazafortunas. Si no los detengo antes de que consigan contraer matrimonio, estará perdida. Toda nuestra familia y la buena sociedad la rechazará.

Lilias me miró asombrada,

probablemente porque no podía creer que una mujer tan reservada y desconfiada como yo estuviera regalando toda esa información a un desconocido.

La reacción del hombre fue todavía más interesante. Algo como una sonrisa inaudita asomó a su rostro. Sus ojos brillaron más, sus dientes se asomaron entre la apertura de sus labios.

¿Colmillos? Esa sonrisa me convulsionó más los nervios, y aún no era tan mayor como para pedir que me acercaran mis sales y fingir un desmayo.

—¿Le parece graciosa mi desesperante situación?

Él no pensó mucho antes de responder.

—Me parece gracioso que cuando una mujer se case con un hombre de mayor caudal financiero le llamen dama que ha realizado un buen matrimonio, pero que cuando los roles se invierten se tilde al caballero de cazafortunas.

Sacudí la cabeza, confundida.

—Es diferente.

Comenzó a mover la punta de su pie y volvió a reírse de mí. Mi sangre se disparó, y me enojé de tal manera que decidí atacarlo con la verdad, poniéndolo en evidencia como el monstruo nocturno entregado al maligno que parecía ser.

—He notado que no tiene ningún tipo de señal religiosa por aquí. No he visto

cruz alguna. No hay tampoco una capilla.

Mis palabras no parecieron haberlo incomodado tanto como yo deseaba.

—La capilla se derrumbó hace demasiados años y no me preocupé por reconstruirla. Como verá, los medios no nos sobran, y tengo demasiadas cosas más importantes en qué invertir los escasos ingresos que recibimos. Los sirvientes tienen sus símbolos religiosos en sus cuartos, pero yo, por propia decisión, he mandado a sacar todos los que estuvieran ante mi vista.

Volví a tragar saliva. Cada vez se me figuraba más evidente que me enfrentaba a un vampiro.

—¿Por qué? —pregunté, horrorizada.

Torció la boca en un gesto que se me figuró maligno.

—Dios se olvidó de mí hace mucho tiempo. ¿Por qué habría yo de acordarme de él?

Si eso no era suficiente como declaración de su alianza con la oscuridad, ya nada lo sería.

—Me retiro a tomar mi desayuno tardío —dijo, poniéndose de pie—. Todo aquí parece ser tardío, excepto la muerte —pareció pensar en algo—. Puede quedarse hasta que mejoren los caminos, si lo desea.

Mientras abandonaba la habitación

pude ver una mancha en su chaleco, que se había formado a la altura de la nuca por efecto del agua que caía de su cabello.

Imágenes inquietantes atravesaron mi mente. Mis manos, libres y locas, enredando esa caballera leonina y restableciendo su anterior estado salvaje, mientras sus ojos animales incendiaban los míos. Su camisa, a medio abrir, mostrando más de esos rizos que había vislumbrado la noche anterior. Mi corsé, apartado junto a una rama en el bosque, ya sin nada para constreñir. Mi cuerpo libre; mis instintos, desplegados.

Supuse que un hechizo pernicioso había comenzado a hacer efecto en mí.

Un hecho me parecía más cierto que cualquier otro, y era que no podía pasar una noche más en aquel lugar.

• Capítulo VIII •

Obligué a mi cochero, contra su buen consejo, a ponernos en camino antes de que cayera el sol. McKay me asustaba demasiado y el objetivo de mi viaje estaba a punto de ser inalcanzable.

Intenté escapar, entonces, habiendo dejado al anfitrión solo un frío saludo de agradecimiento, pero el carruaje se nos atascó a los cincuenta metros en un lodazal.

Le pertenecíamos. A él y a ese endemoniado castillo, y a esa hora era probable que Dora ya le perteneciera a Bromhead, ante Dios y los hombres, en cuerpo y alma.

Volvimos a llamar a la puerta, como lo habíamos hecho la noche anterior, y me odié por encontrarme viviendo esa historia repetida.

Esta vez se asomó el mayordomo.

—Nuestro carruaje se ha atascado; no podremos avanzar —le dije, tan ruda como no había sido ante ninguna otra puerta.

El hombre nos hizo pasar, con más amabilidad que su amo, hasta el salón donde McKay parecía estar leyendo. Me

miró intrigado durante un breve momento y luego siguió con su lectura.

—Ya decía yo que no lograrían avanzar mucho.

Se expandió el odio que sentía hacia él y decidí que, si tenía que quedarme allí, al menos lo combatiría.

—Por lo menos aquí tienen techo y comida.

La asociación de ideas entre la comida y ese hombre me causó escalofríos.

—Gracias —contesté, y el cinismo fue claro por el tono de mi voz.

Prosiguió con su lectura.

Era preciso que me comunicara con

mi padre, por cualquier cosa que pudiera pasar en aquel lugar, porque yo había desaparecido sin dar más detalles que “debo hacer una gestión en nombre de toda la familia” y porque mis padres estarían entre preocupados y desesperados por sus dos hijas.

—¿Sería mucho pedirle una pluma y unas cuantas hojas de papel?

Me miró como si evaluara si era merecedora de aquello.

—Haré que le lleven al escritorio de su habitación algo de eso, pero no tendrá modo de entregar una carta mientras el clima continúe así.

Me ignoró nuevamente.

—De acuerdo —fue todo lo que dije, y me retiré con mis sirvientes tras de mí y la furia ulcerándome las venas.

Antes de disponerme a escribir la carta con los objetos que el servicio de McKay me había traído, me hice a la idea de que tenía que defenderme con algo aquella noche.

Mandé a Lilias a buscar ramas de alguna encina de las que rodeaban la propiedad. Eligió una demasiado pequeña, pero me dije que bastaría.

Corté los palitos y, con hilo que rasgué de uno de los vestidos que me ofrecían en aquella casa, los até de modo transversal, formando una cruz. Hice otras dos más que di a Lilias y al

cochero, que tomaron mis obras y me agradecieron sin entender demasiado, aunque ya conocían de sobra mi fervor religioso.

Antes de la hora de la cena, y mientras Lilias estaba en la cocina olisqueando lo que allí se recalentaba, volvieron a sonar los tres golpes secos en mi habitación. Acababa de concluir la misiva. Doblé el papel e indiqué que pasara.

Era él. Su cabello, ya seco, volvía a parecer animal.

Me puse de pie y agarré con firmeza la cruz improvisada. Apoyé la otra mano sobre la pluma, con tanta mala suerte que la punta me rasgó la piel.

Me miré la mano herida. Una minúscula gotita de sangre emergía de mi dedo pulgar.

Como si la hubiera olido, se acercó más hacia mí.

—¿Continúa necesitando la pluma y la tinta?

Me iba a negar en redondo a darle la pluma en la que habían quedado restos de mi sangre. Algo en el interior me decía que aquello no sería bueno para mi integridad física.

—No, aún me quedan varias cuartillas más por escribir.

Se mostró confundido.

—¿Es usted escritora?

—No —al momento pensé que hubiera sido mejor decirle que sí, evitando con ello que supiera acerca de las cartas—... sí, a veces escribo algunas memorias... —rasqué con mi dedo pulgar el vestido blanco que llevaba entonces, por lo que la gota de sangre se dejó ver con claridad a la altura de mi talle.

Me di cuenta de mi error cuando su mirada se desvió hacia allí.

—¿Se ha herido?

Aquello iba de mal en peor. Siguió caminando hacia mí.

Me aferré a la cruz y, extendiendo mi brazo, se la mostré.

Se detuvo con un gesto de asombro, en el que los músculos de su rostro se estiraron más. Luego se cruzó de brazos y comenzó a reírse, disfrutando la escena como si fuera un niño.

“Te está manipulando con su influjo oscuro. No debes hacerle caso. Te está manipulando. No debes hacerle caso”.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó, aún divertido.

—Defendiéndome —respondí, segura de mí.

—¿Se defiende? ¿De un pobre poeta que extraña su pluma, la única que tiene en todo su malogrado castillo, la que le ha entregado amablemente a usted, aunque haya sido lo más amable que ha

hecho desde su llegada?

“Te está mintiendo”.

—Por algo no ha podido usted seguir avanzando —continuó.

Se mordió el labio inferior en una sonrisa y sacudió la cabeza.

—No sabía que podía divertirme tanto —suspiró—. Hay una gran biblioteca en este castillo que usted no conoce, y he leído más de lo que pueda imaginar, en varios idiomas, de muchos autores. A pesar de ello, recién ahora caigo en la cuenta de que usted me considera una especie de ser oscuro o vampiro. Es desopilante.

Continuó riéndose de mí, y yo

continué esgrimiendo la cruz.

—No le tengo miedo, ni le creo nada de lo que dice. Miente.

Alzó una ceja y continuó de brazos cruzados. Me miró como si estuviera loca.

Hizo un paso hacia delante y tomé aliento. Quizás la cruz no estuviera funcionando.

Hizo otro paso y me aferré más contra el escritorio, hasta sentir el borde del mueble hundido en mis piernas, bajo mis glúteos.

Hizo un paso más, largo, y tragué saliva. Estaba frente a la cruz que yo todavía sostenía, aunque mi mano

temblase.

La eludió pasando muy cerca de ella y ubicó su rostro frente al mío. Apoyó sus manos en el borde del escritorio y se acercó con lentitud, como si disfrutara el momento, hacia mi cuello.

Bajé el crucifijo. El amuleto no había funcionado y ya estaba a la merced del vampiro. Quizás me faltara fe. Intentar luchar contra él no funcionaría, dado que eran seres de fuerza extraordinaria.

—No lo haga, por favor, podemos buscar una alternativa...

—¿Me entregará a algún sirviente? — me preguntó, con una voz baja y oscura, y su aliento calándome el cuello que tenía intenciones de atacar.

—No... no... ¿algún animal, quizás?

Sentí su aroma a jabón y creí que con eso el hechizo terminaba de atravesarme con sus garras.

—Me gusta más usted... —continuó él.

—Oh, por favor, no...

Cuando sus labios tomaron contacto con mi piel, oré a Dios por ayuda. Esperé un mordisco o un golpe, pero en su lugar había recibido un beso, rápido y casto.

Salió del espacio junto a mi cuello y me miró a los ojos. Tomó la pequeña cruz que sostenía débilmente en mi mano, y la colocó primero sobre su

frente y luego sobre su pecho.

—¿Entiende ahora que está delirando?

Hizo un gesto de sonrisa estúpida en el que me mostró todos los dientes.

—¿Ve algo anormal? —preguntó con dificultad, porque mantenía los labios en la misma postura.

Negué con la cabeza.

Se estiró la piel de los párpados y me mostró sus ojos, más impresionantes al estar descubiertos de ese modo.

—¿Y aquí?

Tragué saliva y volví a negar con la cabeza.

Intenté convencerme de que quizás el

crucifijo no funcionaba porque no había sido bendecido, pero tuve que aceptar para mí misma que mi postura había sido ridícula.

Toda aquella escena era vergonzosa.

McKay volvió a su normal estado taciturno.

—No soy un vampiro. No existen los vampiros. No creo en ellos ni en su religión. Y no debe dejarse llevar tanto por todo lo que le dicen como cierto. A veces, la mayoría no tiene la razón. ¿Me permite retirar mi pluma?

Me hice a un lado y comenzó a recoger sus objetos.

—Discúlpeme, yo... me siento muy

confundida. Este castillo es tenebroso.

Ya tenía la pluma en una mano y el tintero en la otra.

—Solo le falta un poco de mantenimiento y es antiguo; el resto lo ha puesto su imaginación.

—Por las noches se escuchan cosas extrañas... —le afirmé, porque todavía no me sentía segura en ese lugar.

Torció la boca en un gesto irónico.

—¿Como cuáles?

—Anoche escuché pasos que se acercaban y alejaban del dormitorio.

Sacudió la cabeza hacia los lados.

—Era yo, que tengo mis habitaciones

en este mismo pasillo. Creí escuchar que alguien salía de esta habitación y me acerqué a su puerta, porque pensé que podía estar demasiado enferma y necesitar ayuda. Luego no escuché nada más y me retiré.

—¿Por qué pasa las noches despierto?

—Soy un noctámbulo, y probablemente un melancólico; pero no mato a nadie, ni secuestro jovencitas, ni como niños. Soy un loco y nada más; usted debería entenderme.

Comenzó a caminar rumbo a la puerta. Obvié su comentario, quizás acertado, sobre mi salud mental.

—Dijo que es poeta...

—Así es.

Se marchó.

Me acosté sobre la cama y me acomodé de lado, formando un ovillo.

No me explicaba cómo había podido ser tan estúpida.

• Capítulo IX •

Harta de estar en la cama avergonzada y sintiéndome una inútil, me dispuse a hacer mi estadía en aquel lugar un poco más alegre.

Bajé a la cocina y encontré allí a Aiken, la mujer que nos había preparado el dormitorio la noche anterior, y que era ama de llaves y cocinera, entre otras cosas.

Se giró hacia mí, sorprendida de

encontrarme en aquel lugar. Lillas le estaba ayudando a clasificar cebollas.

—Aiken...

—Sí, señorita. Disculpe que no tengamos campanilla aquí.

—No te preocupes. Quería hacerte una pregunta. ¿Crees que el señor McKay se enfade si coloco algunas flores en esos jarrones que están desparramados por el castillo?

Se giró y siguió haciendo lo que yo le había interrumpido; es decir, secando los trastos y controlando el hervor de las preparaciones.

—No lo creo, señorita, pero deberá mojarse.

—Observé una capa azul sobre el perchero del vestíbulo. Parece ser de mujer.

—¡Ah, sí, es mía! —me dijo, sonriente—. Puede usarla si lo desea, pero, ¿cree que vale la pena?

—Sí, Aiken. Gracias.

Recorrí los alrededores del castillo buscando flores silvestres que pudieran formar un ramo. Entré durante unos minutos en el invernadero, pero este era pequeño y allí no había más que hortalizas. Nadie había hecho crecer una flor.

Encontré unas flores de cerezo aliso en las inmediaciones, las corté y las uní a unas ramas de encinas. Cuando ya

estaba por dar la vuelta para regresar al castillo, me encontré con un sano y rebosante jazmín, que crecía entroncándose con los restos derruidos del edificio. Arranqué unas cuantas ramas con flores, que sumé a mi ramo.

Limpié los floreros que estaban cubiertos de polvo y estos volvieron a mostrar sus motivos decorativos y su esmalte blanco, que antes parecía gris. Adorné con mis ramos varios sectores del castillo.

En un momento vi subir a Aiken con una fregona y un balde, y me pregunté hacia dónde se dirigiría, ya que la limpieza a fondo no era común en aquel lugar. Hincada por la curiosidad, abandoné la sala en la que me

encontraba con Lilias y la perseguí.

Al poco tiempo descubrí que estaba limpiando una habitación, que supuse que debía ser de McKay. Era mucho más grande que aquella en la que nos alojábamos, pero no podía presumir de nada más.

Me quedé mirándola desde la puerta.

—¿Necesita algo, señorita?

—No, es solo que estoy aburrida y este lugar me intriga.

—Puede pasar, a McKay no le importará, siempre y cuando no se acerque a sus escritos.

Hice unos cuantos pasos hacia dentro.

El escritorio de McKay era un

completo caos. Decidí ordenar sus lápices, todos ellos muy gastados, en orden de menor a mayor longitud. No toqué sus folios.

Entonces se me ocurrió que había traído mucho jazmín, y corrí a buscar el que quedaba en la habitación que me habían destinado, para colocarlo sobre el alféizar de las dos ventanas de la habitación de McKay, ocultos.

Aiken me miró, divertida.

—Es una sorpresa. No debes decirle nada.

—De acuerdo. Me mantendré como una tumba —llenó sus pulmones de aire—. Huele bonito.

—Creo que sí —le contesté entonces—. ¿No crees que este aire está viciado?

Siguió fregando y tardó unos segundos en contestar, mientras aspiraba.

—Sí, puede ser.

Abrí las ventanas del dormitorio de McKay, y luego hice lo mismo con todas las otras ventanas del castillo; a excepción de las de la biblioteca, lugar en que él se encontraba y que en ese momento no quería invadir. Luego regresé con Aiken.

—¿Puedo ayudarte?

Aiken tomó forma de jarrón con asa, tan graciosa era su pose.

—¿Alguna vez ha limpiado?

—La verdad es que no.

Sonrió.

—Hay un lienzo húmedo sobre aquella silla —me dijo, señalando al mueble en cuestión—. Puede quitar la tierra a los muebles, si lo desea.

Cuando Aiken abandonó la habitación, satisfecha con su limpieza y apresurada por revisar el estado de la comida de la cena que había dejado bajo el control de Slade, yo todavía seguía sacándole brillo a los muebles.

Esa noche, rompiendo con el hábito instaurado, nos anunciaron que el señor iba a cenar y que nos invitaba a

compartir la mesa con él.

Decidí usar el vestido rojo, que era lo mejor que tenía en el equipaje. No podía llevar a cabo la costumbre de toda mi vida de vestirme de modo muy elegante para la cena, porque solo contaba con unas cuantas mudas de ropa que había traído y la prenda que me habían dado al llegar y que dejaba para un caso de mucha necesidad.

Dugan y McKay arribaron a la mesa juntos.

—Neil, debemos repasar ese poema una vez más. Todavía no logro entenderlo —escuché decir a Dugan antes de poder verlo.

—No te preocupes, lo repasaremos

cuantas veces sea necesario. Con constancia, lo lograrás, como lo has hecho hasta el momento. Me sorprenden gratamente tus avances.

—¿Realmente lo crees?

—¡Por supuesto! —contestó la voz de McKay, y vi parte de su mano despeinando a su hermano.

Neil y Dugan aparecieron en escena. Se inclinaron brevemente. Fue la primera vez que vi a McKay hacer eso. Quizás su hermano fuera una especie de mago con efectos reparadores sobre él.

Dugan se ruborizó al darse cuenta del estado en que estaba su cabello, y se apresuró a acomodárselo lo mejor que pudo, mientras se ubicaba a la cabecera

de la mesa. Neil se sentó a su derecha.

—No seas tan presumido, Dugan, la señorita creerá que eres un galán. ¡No le gustan los cazafortunas! —las comisuras de sus labios se levantaron levemente.

Dugan sonrió con nerviosismo.

—Espero nunca tener que ser uno, Neil.

—Yo tampoco, por eso mejor no enamorarse, y menos aún de mujeres que se pasean por los bailes como si fueran trofeos u objetos para comprar —dijo entonces.

Lo miré, pasmada ante sus declaraciones. Dugan tragó saliva.

—Por supuesto que no hablo de usted

y su hermana, señorita —la voz de McKay tenía algo de sorna—. Disculpe mi falta de discreción, es que la he perdido hace mucho tiempo, si es que alguna vez la tuve.

—Alguna vez la tuviste. Tú me la enseñaste —le dijo Dugan.

McKay se mostró pensativo.

—De acuerdo, pero modérala. No debes andar regalándola.

Dugan asintió con rostro serio.

Los sirvientes cenaron con nosotros, costumbre que todavía no atinaba a entender, pero ya comenzaba a soportar.

Las acotaciones de McKay fueron breves; las mías, casi nulas; por lo que

la mayoría de la cena transcurrió entre los comentarios de Lillas, que ya había trabado muy buena relación con Aiken; el mayordomo, que era muy gustoso de hablar por las noches; y Dugan, que se mostraba muy dispuesto a charlar con aquellos a los que conocía hacía tiempo, a diferencia del trato mucho más tímido que recibían sus visitantes.

Encontré sus conversaciones interesantes y diferentes a las que solía escuchar en mis círculos de la ciudad, donde solo se trataba de moda, puntos de bordado, música o pureza de razas de caballos o perros. Las temáticas de aquellas personas eran más coloridas y estimulantes, y saltaban de una a otra sin ningún orden ni mandato. Podía tratarse

de cómo secar la ropa ante aquella temporada de lluvias incesantes, de cómo hacer florecer las hortensias, de la manera en la que habían condimentado la carne aquella noche o cuánto había avanzado el ama de llaves en el estudio de sus libros de cocina desde que Dugan le había enseñado a leer.

Yo no había logrado superar la vergüenza por lo acontecido con McKay, que ahora se me mezclaba con algo de inquietud o disgusto por sus palabras.

—¿Ve cuantas copas de cerveza he bebido, señorita Tandel? Y ni siquiera es de color rojo...

Los restantes comensales

probablemente no entendieran la situación. Todas las referencias que hizo respecto a mis antiguas conclusiones fueron indirectas.

—Siempre le pido a Aiken que se encargue de que la carne esté bien cocinada... no me gustan las cosas crudas. Esos platos sangrantes no se ven bien.

Después de cada una de esas observaciones, los sirvientes asentían en silencio y solo se escuchaba el sonido de los cubiertos rozando los platos.

La cena no fue tan abundante como aquellas a las que estaba acostumbrada, que solían componerse de varios cursos. De hecho, solo hubo uno: comimos

haggis y bebimos cerveza y vino.

Instantes después de acabar su comida, y siendo el último en hacerlo, McKay anunció que se retiraba, dando su cena por concluida, y todos nos fuimos a dormir.

Antes de entrar en la habitación, hallé a Lazarus cerca del pasillo y, luego de verificar que la figura de McKay no parecía hallarse cerca, lo atraje hacia mí con sonidos ciceantes.

Me agaché, abrí el guardapelo y leí: "Era una señorita insensata de buena clase".

Escuché las botas de mi anfitrión y me apresuré a guardar el escrito, pero temo que me vio en algún momento, porque se

paró frente a mí y me miró con los brazos cruzados. Luego sonrió, giró e ingresó en su habitación.

Lilias concilió el sueño con la misma facilidad que siempre lo hacía. Yo no pude.

Ya estaba del todo recuperada de mi enfermedad, pero varias ideas incómodas y muchas preocupaciones giraban en mi cabeza en círculos huracanados. Por otra parte, mi espíritu estaba consumido por un sentimiento de tristeza y soledad. Lilias era una buena compañía, pero no llegaba a ser una amiga.

Tomé la carta que había escrito para mi familia y me decidí a demostrarle a

McKay que realmente estaba arrepentida, confiándole el destino de ese mensaje. Si partía al día siguiente, me sería imposible entregarla con prontitud.

Me arrojé con una manta que había observado sobre la vieja silla cuando todavía nos alumbraba la vela y tomé del escritorio, al tanteo, la carta. Salí de la habitación y comencé mi camino por el pasillo, rumbo a la puerta de su habitación, bajo la cual se veía una rendija luminosa.

Estaba por llamar con un golpe de puño cuando sentí que un fuerte peso impactaba en mi espalda, aplastándome contra la puerta.

Unas manos me tomaron del talle, y luego, al descubrir mi figura de mujer, de los brazos.

Algunos viejos miedos volvieron a mi mente, pero se disiparon con rapidez al escuchar su voz.

—¿Es usted, señorita Tindale?

—Sí, soy yo —contesté, reponiéndome del golpe.

—¿La he lastimado?

—No, estoy bien. Por fin dice bien mi apellido...

—Recuerdo su apellido; lo cambio adrede cada vez que la nombro. Me gusta ver cómo la gente que da mucha importancia al apellido comienza a

hervir y crear vapor cuando los llaman de manera equivocada.

—Usted es un tanto extravagante.

—Mucho, pero suena mejor decir que soy poco convencional. Tanto como que una señorita inglesa soltera esté frente a la puerta de un escocés, a oscuras en medio de la noche.

—Un escocés que no está en Escocia.

—Esa es una larga historia...

—Quería pedirle algo.

Abrió la puerta de su habitación y me invitó a entrar con un gesto de la mano. Tras unos segundos, acepté.

El aroma a jazmín nos envolvía. El interior estaba iluminado por un

candelabro de seis velas que ardía sobre el gran escritorio, donde se acumulaban grandes pilas de hojas.

—¿Y bien? ¿En qué puedo servirle?

—He traído esta carta. Necesito que la haga llegar a mi familia.

Probablemente parta mañana temprano con mis empleados, pero no habrá tiempo de desviarnos a ningún lugar y ya sabe que solo cuento ahora con el servicio que conoce.

Se la extendí, con la misma mano que antes había utilizado para inculparlo. La tomó y la puso sobre su escritorio, al que llegó en pocos pasos.

—La haré llegar. No le puedo asegurar que será pronto. El camino y el

clima no ayudan, pero llegará.

Tenía el chaleco abierto y no pude dejar de pensar en lo encantador que sería enredar mis brazos en su espalda, aunque luego reprobara esos pensamientos por pecaminosos. Me sentía muy necesitada de calor humano.

—¿Puedo ofrecerle algo más?

“Un abrazo”, pensé para mí, pero no fui capaz de pronunciarlo.

—Una conversación —le dije, encubriendo la verdad, y luego me acerqué a su escritorio.

Me intrigaba qué podía componer un hombre así.

Corrió hasta allí y cubrió todos sus

escritos con cuartillas en blanco. Apretó los labios.

—Me gusta mantener mi espacio de intimidad.

—Disculpe... yo no debí...

—Además, no creo ser bueno para mantener conversaciones. Llevo demasiado tiempo muy ensimismado en mi trabajo y he perdido contacto con el mundo exterior.

—¿Cuánto tiempo?

—Veintisiete años; casi toda mi vida.

—¿Puedo preguntar qué sucedió con sus padres?

—Murieron de una fiebre que azotó a toda la región. Yo los vi desfallecer de a

poco, contra todos mis intentos de arañárselos a la muerte. Primero se fue él, y luego ella —miró hacia algún lugar indeterminado de la habitación—. Este castillo es una herencia que recibió mi madre, que era inglesa. Mi familia se mudó a este lugar al recibirla. Mi padre vendió sus posesiones en Escocia.

—Es una triste historia —me arrebujé mejor en la manta— ¿Quién lo crio?

—Mi niñera, que se salvó de la fiebre. Mis tíos, que deberían haber sido mis tutores, parecieron creer que con eso bastaba.

—¿Y bastó?

—Durante un tiempo. La mujer que me crio, y a la que llamé madre hasta que

murió, era más valiosa que lo que me queda de familia por línea sanguínea. Mi familia incluso dilapidó el dinero que custodiaba y que era nuestro. Pero luego quedé casi solo, a excepción de mi hermano, que se habrá preguntado por qué no lleva mi apellido.

Lo miré con atención, sin estar dispuesta a responder.

Sonrió.

—Es que no es mi hermano de sangre, sino del corazón. Es el hijo de mi niñera. Crecimos juntos, pero yo soy mayor, como es evidente. Me hice cargo de él.

Asentí.

—¿No se ha casado?

—Si esta conversación va a hacerse tan larga, será mejor que tomemos asiento.

—Mejor será que lo deje dormir...

—Ya sabe que no duermo a estas horas.

Me señaló un banquito bajo y muy bien acolchado que se apoyaba contra los pies de su cama. Movi6 la silla de su escritorio para sentarse frente a mí. Se recost6 sobre la silla, estir6 las piernas y mir6 hacia el vacío. Comenz6 a jugar con los dedos de sus manos, apretándose los pulgares.

—No, no me he casado. La soledad ya

se ha vuelto parte de mi vida.

—¿Le gusta?

—No lo sé. No recuerdo otro estado desde que murió mi niñera.

Guardé silencio.

—Mi hermana probablemente ya esté casada —le dije, intentando llevar la conversación por derroteros no más felices, pero sí menos intensos para él.

—Así es —añadió él—. Y usted no puede hacer nada; es su decisión.

—Mis padres renegarán mucho de ella.

—Creo que tiene derecho a elegir.

—Pues las mujeres, en general, no

solemos tener muchos derechos.

—Deberían exigirlos.

Sus palabras me impresionaron, no sé si por su tono, por su convicción o por su mismo fondo. ¿Tenía derecho a hacerlo que iba a hacer?

—¿Cree usted que hago mal en intentar interrumpir esa boda? —le pregunté, deseando saber su respuesta sincera.

—Sí. Si fuera usted la ardorosa enamorada, quizás lo vería de modo diferente.

—Pero tiene un deber para con su familia.

—El hombre nace libre, y libre

debería ser hasta la tumba, que no es sino otra forma de libertad. Tal deber no existe, más allá que el del mismo bien para con nosotros y los otros. La búsqueda de nuestro destino y nuestra felicidad, así como la de alcanzar nuestro mayor desarrollo, es nuestro único deber.

Suspiré.

—Le insisto en que imagine que la enamorada es usted. ¿Le gustaría que su hermana llegara a arruinarle su plan solo porque está mucho más convencida del “deber” para con su familia?

Imaginé la desazón de Dora al ser interrumpida por mi presencia en el momento de aceptar a su prometido.

—No lo sé; no sé cómo se siente eso del amor. Igualmente, ya he renunciado a la idea de encontrar marido. Veintiséis años son demasiados en el mundo en que yo vivo.

—Pues muévase con cuidado, no vaya a ser que la seduzca algún jovencito cazafortunas.

Me miró divertido. Los ojos le brillaban más. ¿Velas?, ¿antorchas?, ¿fuegos sagrados? ¿Qué eran esos ojos?

—Otra vez se está riendo de mí.

Relajó su rostro y lo ladeó un tanto. Volví a sentir el embrujo, aunque esta vez no lo tildé de maligno. Quizás fuese algo más positivo, como una sosegada ternura amorosa.

—Creo que este asunto es más complejo de lo que usted cree.

—Quizás —me contestó—... Creo que ya es hora de que vuelva a su habitación —se puso de pie—. Si llegara a pasar algún sirviente por aquí, especialmente alguno de los suyos, y nos escuchara, el chisme podría extenderse a la velocidad del rayo, incluso en estas regiones. La gente tiene una gran imaginación... Ya lo sabe usted bien —rio—. Y comentar “el loco McKay tiene una joven amante de buena cuna” es un chisme demasiado jugoso por estos lugares.

—Tiene usted razón —le contesté, sabiendo que así era—. Pero usted es muy poco convencional como para que

le interese lo que dicen los otros.

—De hecho, no me importa en absoluto, al menos por mí. Me importa por usted. Quiero que se vaya de aquí lo antes posible, y lo más sana en todo sentido.

Su sinceridad me resultó hiriente. Pese a mi mal comportamiento anterior, pensé que la charla había enmendado algo del daño que había hecho a la imagen que tenía de mí.

—Lo antes posible... bueno, mañana mismo... —le dije, mostrándole las palmas de mis manos en un gesto de buena disposición.

Creo que notó mi turbación.

—¿Cuál es su nombre? —me interrumpió.

—Señorita...

—Ya sé ese nombre... el de pila.

—Daphne.

—Daphne —repitió con lentitud, como si lo saboreara—. Muy sonoro, Daphne. Me gusta. Daphne, mire usted, soy un tipo loco y solitario en mi castillo, usted viene y me da vueltas todo, incluso tengo que cenar delante de una comitiva para que usted observe que no bebo sangre ni como niños. Todo es muy extraño desde que usted llegó y quiero volver a mi rutina. Quizás no lo entienda, pero le temo más de lo que usted a mí.

—Pero yo no voy a hacerle daño.

—Buenas noches, Daphne —me dijo, abriéndome luego la puerta, en una clara segunda invitación a marcharme.

—Buenas noches, señor McKay.

—A solas, cuando su reputación no corre riesgos, puede decirme Neil. Y gracias por el perfume de jazmín —dijo antes de cerrar la puerta a mis espaldas.

El señor McKay, o Neil, me resultaba tan extraño como interesante. Incluso entre los caballeros más excéntricos de Londres, él hubiese resultado singular. Y no sé por qué pensaba en la palabra "singular", cuando seguramente sería juzgado como "escandaloso", al menos.

¿A qué se refería con eso de que él me tenía más miedo?

Me parecía entonces claro que no nos deseaba durante mucho tiempo más bajo su techo. Tendríamos que marcharnos cuanto antes.

• Capítulo X •

La mañana siguiente nos despertó con la noticia de que los caminos continuaban anegados.

Con respecto al objetivo de impedir la boda de Dora, lo único que me daba un poco de calma era el saber que los fugados tendrían que estar sufriendo los mismos problemas respecto al clima y el estado de las rutas, por lo que no podían estar avanzando mucho más rápido.

Aquel desayuno transcurrió como los otros; sin té, porque esa familia no podía permitírselo; en compañía de Dugan, pero no de McKay.

El muchacho aprovechaba cualquier ocasión que tenía para mostrarse agradecido con su hermano. El hecho de que McKay hubiera hecho de ese joven, siendo él solo un poco mayor, un hombre de tanta nobleza, inspiró mi más profunda admiración.

Como había podido descubrir en ese escaso tiempo, Dugan era de un carácter alegre y bondadoso, y lo demostraba, sin buscarlo de modo específico, en cada oportunidad que podía.

—Señorita, la noto muy triste esta

mañana. No se ponga así... Pronto mejorará el clima. Me lo dice mi instinto de sangre escocesa.

Con el transcurrir de las pocas horas en que nos habían tenido de huéspedes, el muchacho había ganado un poco de confianza para conmigo, y por ello me dedicaba miradas menos esquivas.

—Gracias, Dugan. Espero que así sea.

—Así será, pero si me llegase a equivocar, pueden permanecer aquí todo el tiempo que quiera. No se preocupen por mi hermano, o lo que les pueda parecer a primera vista —sonrió algo incómodo—. Él tampoco tendrá problema en que se queden. Nunca lo he visto dejar a su merced a alguien que

necesita ayuda.

La luz del orgullo brilló en los ojos celestes de Dugan.

No pude evitar mirarlo como se mira a un niño. Quizás fuera cierta la oculta nobleza de McKay, pero, tal como me lo había dicho la noche anterior, el hombre nos quería lejos y pronto.

—Es muy amable, Dugan. El señor McKay debe estar muy orgulloso de tenerlo por hermano.

Todos los que se hallaban a la mesa sonrieron.

Él encorvó un poco el cuerpo y pareció querer ocultarse debajo de la taza de café, tales eran las ganas de huir

que le habían causado mis palabras.

—Nada me gustaría más —dijo por fin, cuando recuperó el aliento.

Muy pasado el mediodía, mientras yo caminaba con los brazos cruzados por la sala y el recibidor, a punto de desesperarme de ansiedad y aburrimiento, vi venir a Dugan desde el fondo del castillo. Aprovechando que Lillas se había marchado a ayudar a Aiken en la cosecha de las hortalizas para la cena, le pregunté dónde se hallaba McKay.

—Ha estado enseñándome matemáticas en la biblioteca desde que terminé de desayunar, pero ya hemos terminado —se llevó las manos a las

sienes—. He pensado mucho y me duele un poco la cabeza. Le llevaré la infusión de menta que me pidió y luego iré a tomar un poco de aire.

Creí que era un buen momento para buscar una conversación, antes de enloquecer.

—Dugan, por favor, déjame que se la lleve yo. Es lo menos que puedo hacer, después de que nos ha dado cobijo aquí durante todo este tiempo, sin que nada lo obligara.

—Si así lo desea, señorita.

—Sí, me encantaría.

—Muchas gracias, entonces. Me voy hacia el lago.

No tuve tiempo de preguntar hacia qué lado ni qué haría allí, porque desapareció rápidamente con la misma agilidad que había llegado.

Fui a la cocina y yo misma preparé la infusión de menta que Neil había pedido, bajo las indicaciones de Aiken, que ya conocía las preferencias del hombre.

Toqué la puerta de la biblioteca, pero nadie respondió. Volví a golpear, esta vez más fuerte, temiendo haber sido demasiado tímida al producir el sonido la primera vez. Tampoco hubo respuesta.

Me decidí a ingresar. Transpuse la puerta, pero no hallé a nadie allí. El piso y un gran escritorio eran bañados

por la luz algo apagada que ingresaba por dos grandes ventanales. Las paredes estaban cubiertas, de suelo a techo, por estanterías repletas de libros. Aquel era, con mucha diferencia, el más grandioso recinto del castillo.

Dejé la taza con la infusión sobre el escritorio y me acerqué hacia una de las estanterías de libros. Leí algunos títulos en los amplios lomos y los rocé apenas con los dedos, comprobando la textura rugosa de las cubiertas, encantada por las letras doradas.

Me giré hacia las ventanas y caminé hasta una de ellas. Había en aquel lugar un aire más fresco que en el resto de la casa, que delataba su uso diario y su buen cuidado y mantenimiento. La

pureza al respirar era tal que incluso pude percibir algo del aroma de la infusión que llegaba hasta mi nariz.

Sentí que el corazón se me expandía. Me apoyé en el alféizar de una de las ventanas y comencé a cantar aquella canción que tanto me gustaba tararear de niña, especialmente en mis momentos alegres:

*Los pastores declaran: dulce, dulce
Robinette.*

*Tal belleza y encanto es extraño de
ver.*

*Los zagales la admiran; nunca un ser
de carne y piel,*

*ha visto una muchacha como mi
dulce Robinette,*

*ha visto una muchacha como mi
dulce Robinette.*

*Sus ojos derriten; en su piel suele
nacer*

el tinte del rosa del atardecer.

*Las ninfas, turbadas, la envidia no
pueden contener*

*al suspirar los zagales por mi dulce
Robinette.*

*Sus modales gentiles ablandan la
sensatez.*

El verano de la edad pisan sus pies.

*La amo, la adoro, e incluso una
apuesta aventuraré:*

*nunca vio a una muchacha como mi
dulce Robinette,*

*nunca vio a una muchacha como mi
dulce Robinette ¹*

—Canta muy bien, señorita Tandal —
me dijo McKay, que salió de uno de los
pasillos de la biblioteca.

Me giré de repente.

Me guiñó un ojo e hizo una inclinación
graciosa, exagerada.

—Gracias; nunca me lo habían dicho.
Sonrió y miró la taza que descansaba

sobre el escritorio.

—Ah, he traído esto para usted. Me dijo Dugan que lo había solicitado, y le pedí que me permitiera servirlo.

Asintió con la cabeza y se fue rudamente hacia la taza. Se bebió un sorbo.

—Gracias. Me alegra su buena relación con mi hermano...

Le dirigí una sonrisa gentil.

—No hay de qué. Y respecto a Dugan, él es muy amable.

Asintió con la cabeza.

—Lo que me extraña es que usted, que tiene tanta conciencia de clase, se haya dignado en servir a este humilde escocés

—dijo, acentuando la frase "conciencia de clase".

Mostré una sonrisa forzada, sin estar dispuesta a transitar los caminos por los que me quería llevar.

—¿Me pregunto de dónde salió usted? Llamé dos veces a la puerta y nadie contestó.

—Ah, es que estaba llevando la comida a la damisela que tengo escondida tras la puerta de aquel pasadizo secreto —me dijo, señalando una puerta secundaria que daba hacia fuera de la biblioteca.

Estiré el cuello para observar mejor el lugar que indicaba y le sonreí.

—Es una puerta secundaria, pero no tiene nada de secreta.

—Bueno, todas esas cosas son relativas. Está en el ojo del que mira, como ya sabrá.

Me crucé de brazos.

—Señor McKay...

—Neil —ubicó una silla frente a la suya y me indicó que me sentara.

—Neil —dije mientras tomaba asiento —, creo que ya va siendo hora de que me perdone por mis ideas del pasado, por las fantasías oscuras o misteriosas que haya podido albergar, y deje de hostigarme con ello.

Las comisuras de su boca se elevaron

hacia sus mejillas y descubrí que cuando hacía eso parecía otro hombre.

—¿Y con qué se supone que voy a divertirme? —dijo mientras se levantaba con rapidez de su asiento.

No tuve tiempo de responder.

—Espéreme —dijo luego, y se fue de la biblioteca.

Volvió con una tetera antigua y una taza vacía, que colocó frente a mí. Llenó entonces la taza con algo que, a juzgar por su olor, era lo mismo que él estaba tomando.

—Pruebe —me instó—. Quizás no sea tan maravilloso como el té de la India al que está acostumbrada, pero está

bastante bien.

Le agradecí. Volvió a sentarse.

—¿En qué estábamos? —preguntó.

—En que puede dejar de hostigarme con lo de mis fantasías...

Alcé la taza para probar algo de la bebida.

—Ah, sí, y en que no voy a tener cómo divertirme entonces.

—¿Y cómo se divertía hace dos días?

Negó con la cabeza.

—No me divertía.

Me bebí otro sorbo de infusión, sin dejar de mirarlo.

—Lamento no haber podido partir

hoy. Le puedo jurar que era mi intención, que me gustaría estar ahora en Gretna Green.

Su rostro se tornó serio.

—Ya lo sé. No se preocupe; puede permanecer el tiempo que necesite, como ya le dije en su momento.

—Pero ayer...

—Me pongo especialmente incómodo cuando se me hacen muchas preguntas personales y cuando tengo en mi habitación a una mujer, cosa que no sucede muy seguido.

Sentí que dos fogatas se encendían allí donde tiempo antes había tenido mejillas, pero le mantuve firme la

mirada.

Él continuó bebiendo, como si ese momento de la vida estuviera solo destinado al ritual de disfrutar el sabor del líquido caliente y mirarme.

—¿Cree que si me sigue observando fijamente podrá saber mucho de mí? — me dijo entonces.

—No lo creo, ¿y usted?

—Yo tampoco creo que vaya a saber mucho de usted con solo mirarla, no más que lo que descubrí la primera noche que la vi.

Tensé la espalda y bebí el último sorbo de menta que quedaba en mi taza.

—¿Y qué descubrió entonces?

—Que tiene miedo —me dijo, casi en un susurro.

—¿De qué cree que tengo miedo?

—De ser usted misma. La veo y no veo nada que no sea designado e inventado por otros. Ese cabello, que todas las mañanas dedica una hora o más con su doncella a peinar; esos zapatos impecables, que cuando llegaron aquí estaban cubiertos de lodo; esa pose estructurada y pensada a cada momento, tal como le han enseñado en su familia que deben hacer las señoritas; ese modo que tiene de hablarle a los sirvientes, como si fueran inferiores a usted... Todo eso no es usted, es solamente lo que han hecho de usted; pero si un día desapareciera todo ese mundo que

espera que se comporte de un determinado modo, ¿quién sería entonces? ¿Quién es usted realmente?

Me mantuve en silencio; llevé la mirada a mi taza vacía y después a mis manos. Comencé a respirar de modo sonoro, como sabía que hacía cuando mis nervios estaban comenzando a enredarse.

—En todo caso, eso habremos de tener en común, el miedo, porque usted también tiene miedo.

Se lamió velozmente el labio inferior.

—Puede ser, y le diré algo más, tenemos dos cosas más en común.

—¿Cuáles son?

—Somos huérfanos y preferimos el mundo de los libros al mundo real.

—Mis padres no han muerto.

—Y me puede decir qué hace usted tras su hermana, si son sus padres los que se oponen a ese matrimonio terminantemente...

—Porque quiero evitar un mal peor...

—Porque ellos no están haciendo lo que, según sus propias convicciones, deberían hacer.

Él no sabía qué tan certero había sido el tiro. De haberse tratado de una bala, habría sido mortal. Mis padres llevaban mucho tiempo sin interesarse por nosotras; mi madre vivía dedicada a su

amante y mi padre tenía serias dudas sobre la paternidad de Dora, como en algún momento le había hecho saber.

Los ojos se me vidriaron y él pareció darse cuenta.

—No se preocupe —dijo mientras apartaba las tazas que estaban frente a nosotros, como si así pudiesen borrarse los obstáculos entre los dos—; eso la fortalece.

Me mantuve en silencio.

—Cuando llegué estaba cantando. Tiene una bonita voz. ¿Cuándo fue la última vez que cantó para los demás?

—En el último baile que se organizó en casa, hace un mes.

—¿Y para usted misma?

—Cuando salía a pasear por la campiña de Devonshire. Algunas veces me sentía muy feliz y comenzaba a cantar esa melodía que me escuchó hoy.

—Eso suena muy auténtico.

—Sí, yo también debo de tener algo auténtico.

—Sin duda, Daphne.

Crucé mis manos sobre el regazo.

—¿Y usted? ¿Quién es usted? ¿Qué sueña usted?

—¿Qué sueño por las noches?, ¿o durante el día?

—Durante el día.

Lo pensó largamente.

—Nada. ¡Qué triste! No encuentro pasión ni motivo en la vida. Me encuentro viviendo en un estado de inercia, sin acabar de comprender las cosas que pasan a mi alrededor.

—¿No tiene deseos?

—Que el tiempo me pase rápido.

—¿Para morirse antes?

Se encogió de hombros.

—Supongo. ¿Y usted?

—Ahora que lo pregunta, creo que tampoco tengo ningún sueño. Me gusta mucho leer, y a ello dedico muchas horas de mi vida, porque los personajes de mis libros pueden vivir mil aventuras

que yo no puedo.

—O que no se animaría...

—O que no me animaría, ciertamente.

Nos miramos en silencio, sin saber cómo continuar.

—¿Es usted un poeta famoso?

—Si fuera famoso, ¿no me conocería?

Me llevé un dedo al mentón.

—Quizás.

—¡Claro que me conocería!

No pude evitar sonreír, pero lo interpretó como un gesto bienintencionado.

—¿Le gustaría ser un poeta famoso?

—No lo sé. Escribo porque es mi modo de vivir, porque si no el veneno de mis fantasmas interiores me asfixia, no porque espere trascendencia o fama. No sé cuán importante es eso. Lo que sí me gustaría es tener unos ingresos menos magros, que me permitieran educar mejor a Dugan, pero, de cualquier modo, lo haré lo mejor que pueda.

Asentí con la cabeza.

—¿Querría usted ser famosa?

—No, la verdad es que no. Lo fui en un tiempo, cuando debutaba en los diferentes bailes de la sociedad.

Neil alzó las cejas.

—¿De veras?

—Sí, alguna vez tuve dieciséis años —él sonrió, divertido—. En esa época era hermosa y famosa. Muchos muchachos me rodeaban, me pedían bailes, armaban disputas verbales por mí. Me sabía de memoria el código para hablar mediante abanicos, pero ningún caballero me conmovió.

—¿Es usted muy exigente? ¿O es que a todos los considera vampiros?

—Ninguno era interesante, ninguno era divertido.

—Oh, no, personas divertidas no se encuentran en esos lugares...

Se recostó sobre su silla, relajándose.

—Quizás tenga razón —tuve que

asentir—. Ojalá hubiera encontrado la persona adecuada con la cual compartir mis libros.

—¿Solo sus libros? —preguntó, colocando los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—Supongo que mis libros y mi vida.

En ese momento debí tener un gesto triste en el rostro; lo supe por lo que dijo después.

—A mí también me hubiera gustado encontrar a esa persona, pero si la hubiese encontrado tendría demasiado miedo de perderla. En este castillo parece que todos mueren, que todo se pierde, que todo se va. Perder a quien se ama es algo demasiado doloroso.

Miró hacia un retrato de su madre hecho con acuarelas que se encontraba sobre el escritorio e hizo un gesto de disgusto.

No puse qué contestarle.

Se afirmó en la silla y cruzó las manos sobre el escritorio.

—Daphne, no pierda la fe. Ese hombre todavía puede llegar.

—No, de ninguna manera. Yo soy la carabina de mi hermana menor, como para que usted se dé una idea de mis posibilidades. En mi día a día en casa suelo usar cofia.

—Pues debería regalarla.

Sonreí con tristeza.

—Usted no sabe de lo que habla. Usted es hombre. Una mujer de mi clase, luego de los veinte años, ya está destinada a la soltería, y yo ya tengo mucho más que eso.

—No me importa su clase ni cuántos años tenga usted. Tiene que saber que es una mujer fuerte y hermosa, y enorgullecerse de eso; y si deja de lado todo ese personaje que la sociedad ha creado para usted, si se anima a ser quien es, quién sabe cuántas cosas bellas...

El ruido pesado de los cascos de un caballo, que avanzaba lentamente, llegó hasta nosotros. En el paisaje tras la espalda de McKay, por la ventana, pude ver a nuestro mensajero, Charles, que se

acercaba hacia el castillo con apariencia de muñeco de trapo empapado.

Nada de eso podía ser un buen augurio.

Si te gustó...

Si te gustó esta novela, puedes adquirirla en Amazon desde [aquí](#).

Biografía de la autora



Dorothy McCougney es el nombre de pluma de una escritora argentina que imagina el paraíso como una biblioteca y vive en una provincia con forma de corazón junto a su marido y su gato negro.

Fue ganadora del Concurso de relatos del II Encuentro de Novela Romántica en Tarifa, España.

Entre sus novelas encontramos: **«Hasta que me odies»**, **«El perfume de la esperanza»** y **«Si el jazmín hablara»**, su última obra publicada.

Su principal pasión en la actualidad es la creación de novelas románticas (con interés especial en el período de la Regencia Inglesa).

Puedes conocer más sobre ella y leer algunas de sus obras de modo gratuito en su sitio

web: <http://dorothymccougney.com>.

Si quieres estar al tanto de sus publicaciones y otras novedades, no

dudes en seguirla
en [Twitter](#), [Facebook](#) o [Google+](#).

Notas de la autora

[1] Se trata de la obra "Sweet Robinette", del compositor inglés James Hook (1746, 1827), traducida y adaptada al español por la autora. ([◀Volver](#))

Tabla de contenidos

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Si te gustó...](#)

[Biografía de la autora](#)

[Notas](#)